

CELCIT. Dramática Latinoamericana 409

Donde se descomponen las colas de los burros

Carolina Vivas Ferreira

Un rumor de pensamientos
se agolpa en mis ojos
untados de miedo
La sevicia agobia el sentido
y se riega la rabia
savía de mi tiempo
Sangre y tierra se hacen barro
espesura babosa
rojizo hedor...

PERSONAJES: (M6) / (F2)

PEDRO CANGREJO
DOLORES CORRALES
CONCEPCIÓN
DON CASTO
PONCIDORO
EL PERSONAJE
UNO
OTRO

I. GENTE DE BIEN

PONCIDORO: La gente de bien se siente en peligro.
DON CASTO: Hay que poner un escudo entre esa plaga y nosotros.
PONCIDORO: Es necesario tener armas, perros, guardias, cámaras.

DON CASTO: ¿Vino?

PONCIDORO: Gracias.

DON CASTO: Nada es suficiente ante la invasión de esa manada. Tal vez sea necesario aplicar correctivos.

PONCIDORO: ¿Usted cree?

DON CASTO: ¿Tiene miedo?

PONCIDORO: No, es que...

DON CASTO: ¡No sea cretino!

PONCIDORO: Pero señor, yo...

DON CASTO: No me haga caso, era una broma.

Silencio.

PONCIDORO: La verdad hay cosas que se me salen de las manos.

DON CASTO: A pesar de la limpieza, en todas partes se reproduce la hiedra.

PONCIDORO: ¿A qué se refiere?

DON CASTO: Me parece que entre nosotros hay traidores...

PONCIDORO: ¿Entre nosotros?

DON CASTO: Traidores, como lo oye.

PONCIDORO: ¿Quiénes?

DON CASTO: Usted debe saberlo mejor que yo.

PONCIDORO: ¿Me está acusando?

DON CASTO: ¡Por favor!

PONCIDORO: No comprendo.

DON CASTO: Creo que su actuación es bastante débil.

PONCIDORO: No puedo atentar contra...

DON CASTO: Atentar, bonita palabra. Atentar, atentado, atender.

PONCIDORO: Atender qué, don Casto, créame, yo...

DON CASTO: Resultados, eso es todo.

PONCIDORO: ¿Bajas?

DON CASTO: ¡Sshit!

Silencio.

PONCIDORO: Hay cosas que no dependen de mí.

DON CASTO: Ya hablé con el comandante.

PONCIDORO: ¿Y qué dice?

DON CASTO: Que el cura es un peligro, pregunta, dice cosas en el púlpito...

PONCIDORO: El pobre tiene que aplicar los diez mandamientos.

DON CASTO: Pues al parecer no conoce el onceavo mandamiento.

PONCIDORO: ¿Cuál?

DON CASTO: No te meterás en lo que no te importa.

PONCIDORO: La gente quiere oírlo, necesitan consuelo.

DON CASTO: ¿Cuál gente alcalde? ¡Una parranda de miserables!

PONCIDORO: Han dado en llamarse a sí mismos, los “sindonde”.

DON CASTO: Usted podría llamarse don “sincuando”.

PONCIDORO: No le entiendo, don Casto.

DON CASTO: Ni me entiende, ni atiende mis recomendaciones. ¿No es cierto?

PONCIDORO: Me está poniendo nervioso.

DON CASTO: No me gusta que se ande con medias tintas.

PONCIDORO: ¿Y si el señor cura se da cuenta y abre la boca?

DON CASTO: Tocaría mandarle un mensajito al cura.

PONCIDORO: Lo importante es que todo quede dentro de lo legal.

DON CASTO: Decrete el toque de queda, no sea terco.

PONCIDORO: ¿Y el comandante está de acuerdo?

DON CASTO: ¿Usted es pendejo, o se hace?

PONCIDORO: ¿Él pone los hombres?

DON CASTO: Todo. Al coronel le conviene. A todos nos conviene, convéznase.

¿Más vino?

PONCIDORO: Por supuesto.

DON CASTO: Ya nos estamos entendiendo.

PONCIDORO: Estoy para servirle.

DON CASTO: Eso lo tengo claro. El decreto es para hoy.

PONCIDORO: Sí, señor.

DON CASTO: ¿Se queda a almorzar?

II. ESTABA EN EL AIRE

DOLORES sentada en un banco, junto a una mesa de madera rústica, en la que hay legumbres, frutas, una gran ahuyama y tomates rojos y verdes, un chorote guarda hierbas frescas; está terminando de pelar papas, se la ve contenta, tararea un bolero.

DOLORES:

“Tanto tiempo disfrutamos ese amor
nuestras almas se acercaron tanto así
que yo guardo tu sabor
pero tú llevas también sabor a mí...
No pretendo ser tu dueño
no soy nada
yo no tengo vanidad
de mi vida doy lo bueno
soy tan pobre
qué otra cosa puedo dar...”

Entra PEDRO, viene cabizbajo, tanto que su mujer no percibe su llegada. Se quita el sombrero, lo pone sobre un clavo, junto al sagrado corazón. Mira silencioso a su mujer.

DOLORES:(Cantando.)

“Pasarán más de mil años
muchos más
yo no sé si tenga amor
la eternidad
pero allá tal como aquí
en la boca llevarás
sabor a mí”.

Recoge las papas, las juega en una olla con agua.

DOLORES:(Viendo a su marido de pronto.) ¡Ay mijo, me asustó!

PEDRO: ¿No ha llegado Salvador?

DOLORES: ¿Por qué pregunta?

PEDRO: No sé.

Silencio.

DOLORES: ¿Hay algo que no me ha dicho?

PEDRO: ¿Le parece?

DOLORES: No me cambie el tema.

PEDRO: Le pregunté si llegó su hijo.

DOLORES: Estoy empezando a preocuparme.

PEDRO: No hay motivo.

DOLORES: No me mienta.

PEDRO: Hay toque de queda.

DOLORES: ¡No me diga!

PEDRO: ¡Al fin qué! ¿Le digo o no le digo?

DOLORES: ¿Qué hacemos?

PEDRO: Voy a buscarlo.

DOLORES: ¡Cómo va a hacer eso!

PEDRO: ¿No me dice que hagamos algo?

DOLORES: Sí, pero no que salga a arriesgarse.

PEDRO: Todavía no son las siete.

DOLORES: No alcanza a ir hasta allá y regresar.

PEDRO: Pero al menos le aviso y no lo dejo moverse.

DOLORES: ¿Quién está patrullando?

PEDRO: Hay de todo. ¿En qué está pensando?

DOLORES: De repente lo dejan pasar.

PEDRO: Usted sí es bien bruta. ¿No?

DOLORES: ¿Por qué me trata así?

Silencio.

PEDRO: Páseme la linterna y el machete.

DOLORES: ¿Se va por el atajo?

PEDRO: No. Voy a ir por la calle principal hablando a gritos.

DOLORES: ¿Lleva la cédula?

PEDRO: Sí.

DOLORES: ¿Y la libreta militar?

PEDRO: Sí.

DOLORES: Tome esta ruana.

PEDRO: No moleste.

DOLORES: Está helando.

PEDRO: No me trate como a un mocoso, soy su marido.

DOLORES: Llévelo la ruanita a Salvador.

PEDRO: ¡Ah! Era eso.

Silencio. La mujer lo mira con reproche, él le acaricia la mejilla, ella sonríe, al fondo las luciérnagas se encienden y apagan en medio de la oscuridad del campo.

DOLORES: Más bien váyase rapidito.

PEDRO: Vuelvo mañana. Tranque bien la puerta, no prenda la luz y no le abra a nadie.

DOLORES: Dios lo bendiga.

PEDRO: De ese señor ni me hable.

DOLORES: No provoque la ira divina.

PEDRO: Y usted no me provoque con su cantaleta.

DOLORES: Está nervioso, eso es todo.

PEDRO: Discúlpeme, negra, hasta mañana.

DOLORES: Mucho cuidado.

PEDRO: A lo mejor todavía esté pasando el carrito que sube al alto del indio.

DOLORES: Mejor no vaya. O mejor... ¡Pedro!...

III. REBELIÓN

PERSONAJE:(A público.) Hola. Soy un personaje. Salvador Cangrejo Corrales; así me bautizó la dramaturga. ¿Qué les parece? Ahora le ha dado por ponerme de protagonista de una tragedia. (Pausa.) Contemporánea. ¿Ah? ¡A quién se le ocurre! ¡A ella! No podría haberme asignado un criado picarón, un mujeriego, no sé. ¡Pero esto! Quiere condenarme a vivir siempre la misma vida infame. Mi destino transcurre en una tierra sembrada de fosas comunes, cementerios clandestinos y territorios sagrados. Soy un hombre del común, uno más de los sin nombre; esto, claro, hasta que mi madre me encuentre, en esta tierra de caimanes cebados de indefensión, en esta tierra de caimanes cebados de hombre. Así lo decidió la creadora, me obliga a nombrarla así. Vaya despedida la

que escribió para mí. Era la época de los camiones carnívoros, de uno de ellos me arrojaron y me dejaron aquí: donde reposa, desde hace más de 600 años, el cráneo niño de un sacrificado, cuya sangre honró a los dioses y evitó la sequía. Pero mi muerte no honra a nadie, desencarno en vano. A mi derecha, un indio sin cabeza, decapitado hace 400 años por el sable español. Vaya contertulios y lugar para una cita. Quién sabe con qué más pueda encontrarme, quizá éste sea el lugar donde se descomponen las colas de los burros. No seré más ese que ella quiere que sea, ahora seré yo. (Pausa.) ¿Y quién es yo?

IV. CON LAS MANOS VACÍAS

DOLORES está dando de comer a los cuatro marranos de su cochera, mira preocupada a lo lejos; una marrana preñada chilla y la saca de su ensimismamiento, la marrana la mira largamente, DOLORES le da una palmadita, llega PEDRO sudoroso.

PEDRO: ¿Salvador no llegó?

DOLORES: (Abandona la labor.) ¿No vino con usted?

PEDRO: Cuando llegué, me dijeron que ya había salido, únicamente estaban el capataz y tres peones.

DOLORES: Lo que no me explico es por qué no se lo encontró.

PEDRO: Seguro nos cruzamos. Había tanta neblina que uno no sabe.

DOLORES: Tengo una corazonada.

La cerda preñada chilla.

PEDRO: No empiece con esas cosas.

DOLORES: ¿Y es que allá no sabían lo del toque de queda?

PEDRO: No pude averiguar casi nada; me dijeron que Salvador había salido cuando estaba oscureciendo.

DOLORES: ¿Salido para dónde?

Avanza hacia el escampado de la cocina, su marido la sigue.

PEDRO: No sé, los peones no dijeron una palabra y el capataz casi ni me dio la cara; de mala gana me dejó quedarme en un camarote.

DOLORES: Dicen que la prohibición de salir, es para sacar por el río lo que les da la gana.

PEDRO: Eso no es asunto nuestro. Casi no pude dormir, ese hombre ronca como una bestia.

DOLORES: Yo también dormí mal y cuando me desperté, me pareció que el sol ya no lo tocaba.

PEDRO: ¿A quién?

DOLORES: A mi muchacho.

PEDRO: ¡Usted y sus presentimientos! Va a terminar preocupándome.

DOLORES: Sé que algo pasa.

PEDRO: Debe estar escondido.
DOLORES: Él es un simple peón.
PEDRO: Eso no lo entiende todo el mundo.

Silencio.

DOLORES: ¿Quiere un agua de panela?
PEDRO: Me duele la cabeza.
DOLORES: Quiero ir a la policía.
PEDRO: ¿A qué?
DOLORES: A preguntar. De pronto lo detuvieron.
PEDRO: Nadie le va a dar razón.
DOLORES: ¿Y entonces?
PEDRO: Esperar.
DOLORES: ¿Esperar qué?
PEDRO: A que regrese.
DOLORES: No va a regresar.
PEDRO: Entonces para qué buscarlo.
DOLORES: Para enterrarlo.
PEDRO: No diga eso.

Silencio, se oyen chillidos de la cerda preñada.

DOLORES: Sin llanto, Pedro.
PEDRO: ¿De verdad cree que está muerto?
DOLORES: Sí.
PEDRO: ¿Y el cuerpo?
DOLORES: Tenemos que encontrarlo.
PEDRO: ¿Quién nos dice que no cogió algún transporte y se fue lejos?
DOLORES: ¿Sin avisarnos?
PEDRO: Sin comprometernos.
DOLORES: No va a descansar si no lo enterramos.
PEDRO: Usted es su madre, no tiene derecho a matarlo. ¿No se da cuenta?
Reaccione. Dese la oportunidad de creer que él va a regresar y désela a él también.
DOLORES: No se vaya. ¡Espere!
PEDRO: Sus agüeros me asfixian. Voy por sal para el ganado.
PEDRO desaparece por el camino; su mujer permanece de pie.

V. VIEJOS NO

Una hormiga lleva una hojita; transita veloz junto a un hilo de sangre que rueda sobre una gran piedra, se oye la voz de UNO y OTRO.

UNO: Odio que me miren a los ojos.
OTRO: Da lo mismo, no van a hacerlo más.

UNO: A última hora, se dio la vuelta el gran carajo.

OTRO: ¿Cuál es el problema?

UNO: Los ojos se me quedaron aquí, aquí.

La mano de UNO señala su sien, OTRO le da un coscorrón, están sentados sobre un pequeño montículo de hierba, la imagen de la hormiga desaparece.

OTRO: Olvídense de eso.

UNO: No es tan fácil, me parece que los tengo en la nuca, se me seca la boca y me sudan las manos.

OTRO: Vaya a la iglesia, se confiesa y listo.

UNO: No soy capaz, después duro días y días que no puedo dormir.

OTRO: ¿Tiene alma de nena, o qué?

UNO: ¿Le parece que esto es obra de una nena?

OTRO: Como de un demonio.

UNO: No exagere.

OTRO enciende un cigarrillo, lanza lejos el fósforo que cae prendido sobre la punta de una falda de tela floreada; el fuego horada la tela, una ventisca súbita lo apaga. Volvemos sobre OTRO, quien disfruta echándole el humo de su cigarrillo a UNO.

OTRO: Se les iba yendo la mano.

UNO: ¿En qué?

OTRO: Es mejor no quemar tanta pólvora en gallinazos.

UNO: Combate es combate.

OTRO: No me haga reír.

UNO: Nos pidieron varios.

OTRO: Sí, pero no ancianos.

UNO: El viejo se atravesó.

OTRO: ¿Cuántos fueron?

UNO: Como catorce.

OTRO: ¿Con el viejo?

UNO: Sí.

OTRO: ¡Pobre pendejo!

Mira hacia abajo, ve un fragmento del cuerpo de un anciano sobre la hierba. Lleva ruana, la cara de lado con un gesto casi sonriente, plácido, pareciera el rostro de un hombre que duerme.

UNO: Me recuerda a mi abuelo.

OTRO: ¿Qué hacemos con él?

UNO: Yo me lo llevo.

OTRO: Ojalá don Casto no se entere.

UNO: Si usted no abre la boca, no se va a enterar.

OTRO: ¿Me está diciendo sapo?

UNO: Usted puso el tema.

OTRO: Al patrón le gustan las cosas bien hechas y lo mismo al comandante.

UNO: Después de todo no estuvo tan mal, el viejo debe estar agradecido, todos los viejos quieren morirse.

OTRO: Y quién va a creer que un viejo como ése...

UNO: Ya le dije que de ese muñeco me encargo yo y nadie tiene que enterarse nada.

OTRO: Yo me curo en salud, vótelo donde quiera, pero no voy a decir mentiras.

UNO: ¿Cuáles mentiras, huevón? Es callarse la jeta y ya.

OTRO: Y cuando el comando se atiborre de nietos y viudas y vecinos preguntando. ¿Qué? ¿Me callo la jeta y ya?

Silencio.

OTRO: ¿Hay mujeres?

UNO: Dos aindiaditas.

OTRO: Eso está bien.

UNO: ¿A dónde las mandan?

OTRO: No sé, lo decide el comandante. ¿Hay uniformes?

UNO: Pero grandes.

OTRO: No importa.

UNO: Yo veré que don Casto no se entere. Usted tranquilo, hermano, calladito y ya.

OTRO: ¿Es que me quiere asustar, o qué?

UNO: Asustarlo no, le estoy pidiendo un favor, ese viejo no hace la diferencia y tampoco será el primer muñeco de más. En cambio yo puedo perder puntos, hágame ese cruce.

Silencio.

OTRO: ¿Qué más tenemos?

UNO: Eso es todo.

OTRO: ¿Y el jovencito?

UNO: ¿Qué?

OTRO: ¿Sí tendrá dieciocho?

UNO: No sé.

SALVADOR reposa boca arriba. Se ve la medallita de la Virgen del Carmen en su pecho y el orificio de salida de una bala en la garganta, en línea con la imagen de la Virgen.

OTRO: Después la familia está por ahí preguntando, quejándose...

UNO: ¡Vida hijueputa la mía! ¿Entonces todo lo hice mal o qué es la vaina?

OTRO: No entiendo por qué está tan alterado, cálmese.

UNO: La cosa era llenar el cupo.

OTRO: Pues sí, ¿no? Y tranquilo, yo reporto únicamente trece con este peladito.

UNO: Pobrecito, al final me miró a los ojos y me dio como vergüenza.

OTRO: Su trabajo no consiste en hacer amigos.

UNO: No era mi amigo, pero yo lo traje con engañifas desde el alto. Pobre Salvador.

OTRO: ¿Salvador?

UNO: Sí, me llamó la atención el nombre.

OTRO: Pues se hubiera salvado. ¡Salvador!

En la gran piedra, donde hay un hilo de sangre ahora seco, la hormiga pasa sin su carga, amanece.

VI. SUS HUESOS ME PERTENECEN

Amanecer. DOLORES extiende cuidadosamente en una mesa una camisa y un pantalón de su hijo, mientras canta una cancioncita que solía cantar para dormirlo y a la que acomodaba la letra a su gusto.

“Cuando mi barco navega
Por las orillas del mar
Pongo atención por si escucho
A mi Salvador cantar
Pero mira corre
Vuela
Por las orillas del mar
Quién pudiera
A Salvador alcanzar”

Sin dejar de cantar, enciende una a una cuatro velas, luego saca de una bolsa una gran cantidad de flores y las coloca alrededor de las prendas, haciendo de la mesa un altar multicolor; en medio, las ropas de su hijo, sagradas, olorosas, le permiten llorarlo a bocanadas, escupidas hacia adentro mientras canta.

“Pero mira corre
Vuela
Por las orillas del mar
Quién pudiera
A Salvador alcanzar
Dicen que murió de amores
Y en su cantar se escuchó
Quién pudiera
A mi niño alcanzar”

DOLORES se dispone a rezar, llevando la cuenta con un inmenso rosario de madera.

DOLORES: Salvador, usted va a aparecer porque la carne busca su origen y no estoy dispuesta a quedarme con las manos vacías. Necesito que repose en un lugar donde pueda visitarlo, donde me cuente sus cosas y yo lo acompañe los domingos y feriados en la tarde. Soñé que a usted me lo tenían en el lugar donde rompen los huesos de los ángeles y tuve miedo. Sus huesos me pertenecen hijo;

los forjé y su taita me los sembró en el vientre con un amor furioso de macho enamorado.

Reza.

Soy el río seco
del cual ya no puede
tu ternura ser afluyente
Necesito llorar
largamente y sin consuelo
hasta vaciarme de ti
Ya no estás
qué sola
qué silente
Me pierdo en la oquedad de este dolor
tengo frío
tengo muerte

PEDRO se acerca y se arrodilla junto a su mujer.

DOLORES: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

PEDRO: Dale Señor el descanso eterno.

DOLORES: Y brille para ella la luz perpetua...

Se ve el altarcito de flores que para su hijo ha organizado DOLORES y las velas que se extinguen. Amanece.

VII. A SALVO DE USTEDES

PERSONAJE:(A público.) Es maravilloso no tener sentimientos propios. Todos me los insufla ella, la dramaturga. ¿Recuerdan? Siempre terribles, siempre dolorosos. Pero no importa, no son míos, no siento nada. Si los personajes sintiéramos realmente, el mundo sería doblemente triste. A diferencia de ustedes, no existimos a diario, solamente cuando sus ojos nos dan cuerpo. Soy de papel, incluso me han quemado varias veces, pero siempre hay un ejemplar, un último libro y un último lector para renovar mis penas. Ojalá esta obra no se monte, ni se publique nunca. Podré permanecer en el anonimato y nadie se conmoverá con mis lágrimas de tinta. Ojalá no tengan que ver a su madre vociferando de dolor, como me han condenado a mí. Vaya demiurga. No sé si así es su mundo, no hay novelas, ni imágenes sobre ustedes en el mío. Pero si es así, lo siento mucho. ¡Ah!, es mi primer sentimiento propio, no lo puedo creer, he sentido por ustedes una honda conmiseración. No puede ser, me estoy humanizando. ¿Qué será lo “típicamente humano”? Habría que preguntarle a Beckett. Mientras nadie me encarne, me recuerde o me imagine, simplemente estaré a salvo de ustedes. Conmuévanse con su mundo, no con el mío. Cuenten sus rabias, a mí déjenme en paz. La paz de los libros quemados, de lo que ya no es.

VIII. PESCADORA

En la desembocadura del río se ha formado una pequeña playa, donde se encuentra CONCEPCIÓN; es una mujer de unos 50 años, muy delgada, color cetrino, usa un sombrero alón para protegerse del intenso sol, va descalza y lleva un vestido gris y lila hecho jirones. Lleva un palo muy largo con un gancho de carnicería en la punta, se halla tratando de coger algo dentro del agua sin lograrlo, en ese momento llega PEDRO, se acerca sigiloso, la mujer no lo ha visto.

PEDRO: ¿Concepción?

CONCEPCIÓN: ¿Quién la busca?

PEDRO: Eso no importa.

CONCEPCIÓN: Entonces no soy yo.

PEDRO: Necesito pedirle un favor.

CONCEPCIÓN: Yo no hago favores, ni más faltaba. No se me acerque.

Se aleja un poco y blande el palo dispuesta a todo.

PEDRO: No sea tan desconfiada.

CONCEPCIÓN: No estamos en tiempos de tratar con extraños.

PEDRO: Yo soy de aquí, la extraña es otra.

CONCEPCIÓN: Ahora nadie es de ninguna parte.

Pausa. PEDRO espera, la mujer se sienta en una piedra dentro del río y empieza a cantar una cancioncita de vocales con una voz muy aguda, mientras tira una red.

PEDRO: ¿Para qué canta?

CONCEPCIÓN: Así me cogen confianza y llegan derecho a la red.

PEDRO: Los engaña.

CONCEPCIÓN: Les hago un favor.

PEDRO: Es pecado.

CONCEPCIÓN: ¿Entregárselos a quien los llore?

PEDRO: Cobrar.

CONCEPCIÓN: No me diga que no tiene plata.

PEDRO: No es eso.

CONCEPCIÓN: Mire, allí, hágase a un lado, espere...

PEDRO: ¿Qué?

CONCEPCIÓN: Se me fue por su culpa.

Silencio.

PEDRO: ¿No es peligroso?

CONCEPCIÓN: ¿Qué?

PEDRO: Aparecer lo que otros desaparecen.

CONCEPCIÓN: Esto ya no tiene nombre, ya no tiene dueño.

PEDRO: Para eso lo hacen, si no, los dejarían en tierra. ¿No cree?

CONCEPCIÓN: Ni creo ni no creo.

PEDRO: ¿Ése es izquierdo o derecho?

CONCEPCIÓN: Izquierdo. Siempre me salen izquierdos. Debe significar algo.

¿Verdad?

PEDRO: Es raro, casi nunca vienen calzados. ¿Cuánto cuesta?

CONCEPCIÓN: Depende.

PEDRO: ¿De qué?

CONCEPCIÓN: ¿Qué es lo que quiere? Deje la preguntadera, lo mejor es que se vaya.

PEDRO: Le ruego, mire... mi mujer necesita... lleva tiempo sin comer.

CONCEPCIÓN: Cuando no aparecen, a las madres nos entra como un asco; dígamelo a mí.

PEDRO: Dice que si puede velarlo, él va a descansar.

CONCEPCIÓN: Eso es cierto. Este río y yo le traemos lo que necesite.

PEDRO: ¿Para cuándo?

CONCEPCIÓN: Estamos en subienda, de pronto en la tarde.

PEDRO: Que sea varón. Se lo ruego.

CONCEPCIÓN: Vamos a ver qué cae.

PEDRO: ¿Cuánto?

CONCEPCIÓN: Ya le dije: depende.

El viento sopla fuerte, sobre la piedra, con el gancho en la mano, la pescadora luce inmensa y poderosa.

PEDRO: ¿A qué hora vuelvo?

CONCEPCIÓN: Los pájaros avisan, es una nube negra, esté pendiente.

PEDRO: Es muy importante, mi esposa vive como ida, dice que el difunto sin rezos se vuelve vagabundo.

CONCEPCIÓN: Y llorón. Esas son las ánimas en pena. No descansan, de aquí para allá van y vienen sus lamentos; las oigo, llegan siempre precedidas de aves de presa.

PEDRO se marcha, la mujer lo ve irse. Un chillido llama su atención, mira al cielo, sonríe. Oye a lo lejos la algarabía de una bandada de aves de rapiña, aguza el oído, el canto de las aves es cada vez más estridente.

IX. EN BUSCA DE TUS OJOS

DOLORES: ¿A quién le hemos llevado flores los domingos?

PEDRO: ¿Qué quiere decir?

DOLORES: ¿Frente a la tumba de quién hemos llorado todo este tiempo?

PEDRO: No entiendo.

DOLORES: Salvador no está en el cementerio.

PEDRO: ¿Qué?

DOLORES: Lo volví a ver hoy en la televisión.

PEDRO: El dolor la está enloqueciendo.

DOLORES: Le pusieron un fusil, lo vistieron con ropas ajenas y lo presentaron como delincuente.

PEDRO: Ésas son ideas tuyas.

DOLORES: Supe que era él, porque en el pecho se le veía la virgencita del Carmen que era de mi mamá.

PEDRO: Uno ve lo que quiere ver.

DOLORES: En el brazo, le alcancé a ver las cicatrices de los mosquitos.

PEDRO: ¿De dónde saca esas cosas? Deje que el muchacho descanse en paz.

DOLORES: Es que dieron el nombre: “Salvador Cangrejo Corrales, muerto en combate”, así dijeron.

PEDRO: Cuál combate si él había salido por leña.

DOLORES: Entonces es cierto.

Toma la lámpara de petróleo, va hacia la puerta, la abre, necesita tomar aire, su marido la sigue; ella permanece en el quicio de la puerta, evitando llorar. La noche es clara, a lo lejos se oyen perros, ranas y chicharras.

PEDRO: A lo mejor es alguien que se llama igual.

DOLORES: Era él.

PEDRO: Nuestro hijo ya se fue, ya lo enterramos. No se sugestione.

DOLORES: ¿Se puede morir dos veces?

PEDRO: Sí, al parecer sí. En esta tierra todo es posible.

Silencio. PEDRO abraza a su mujer, ella lo rechaza y sale al escampado, mira hacia el pueblo.

DOLORES: Si el cuerpo de Salvador apareció, ¿a quién velamos esa noche?

PEDRO: ¿Otra vez con lo mismo?

DOLORES: No me mienta más, igual tenemos que enfrentar lo que se nos viene con las autoridades y todo eso.

PEDRO: Shiitt...

DOLORES: Vamos a tener que acostumbrarnos a hablar bajito.

PEDRO: Tengo miedo.

DOLORES: Todo esto me parece una burla, es tan macabro.

PEDRO: Dolores, lo único que sé es que a usted la quiero.

DOLORES: ¿Quién era? Dígame.

PEDRO: ¿Quién?

DOLORES: ¿Había alguien dentro del cajón?

PEDRO: Un joven que le compré a la pescadora.

DOLORES: Con razón no me dejó mirarlo.

PEDRO: No quería verla sufrir más, por eso lo conseguí. Perdóneme.

Silencio.

DOLORES: ¿Estaba completo?

PEDRO: Eso qué importa.

DOLORES: Si no es así, ese pobre cristiano no va a ver la gloria.

PEDRO: Nunca bajan enteros, por eso a la mujer del río le funciona el negocio.

DOLORES: ¡Qué asco!

PEDRO: Dice que los rescata para enterrarlos como Dios manda, pero no es cierto.

DOLORES: Alguien estará echando de menos al joven que sepultamos. Pobre madre.

PEDRO: Tenemos problemas más graves que ése.

DOLORES: Hay algo sucio en todo esto.

PEDRO: ¿Más reproches?

DOLORES: ¿Por qué mentirme?

PEDRO: Ya le dije. Usted no me dejó otro camino, se iba a dejar morir de pena.

DOLORES: ¡Tengo náuseas!

PEDRO: Hemos hecho bien permitiéndole a esos restos ser llorados, tal vez por eso el Altísimo nos devolvió al muchacho.

DOLORES: Y de qué forma. ¡Vaya bendición! Ahora vamos a tener que llorar su muerte y también la de su honra y su nombre.

X. DUEÑO DE MIS SUEÑOS

El personaje de SALVADOR se halla en un nicho, va vestido como el día que lo mataron. Pantalón azul claro y camisa blanca, botas pantaneras y un sombrerito alón color crema. En las prendas se ven los orificios de las balas.

PERSONAJE: Sin nada que decir por fuera de lo que mi ama programa para mí, me encuentro desde hace ya rato en absoluto silencio. No voy a darle gusto. Quiere que eche una perorata sobre mi desaparición. ¡Que se invente otra cosa! Además de ser de papel, ahora se me borra, se me desaparece. ¡Qué bonito! Vaya suerte la mía. ¿Ya les conté que me dio una muerte indigna? ¿Y que mientras mi madre no me vea, no me toque, vacío de mí, no va a descansar? Serán noches y noches sintiéndose culpable de haberme perdido, de no haberlo hecho bien, de vergüenza con Dios por dudar de sus designios. Me lo dijo en sueños; allí podemos vernos, porque a los personajes se nos niega la realidad por fuera de lo que el autor quiere, pero se nos permite soñar. Y sí que soñamos. Yo sueño por ejemplo que me encuentro con mi madre y la consuelo. Le digo que se tranquilice, que donde estoy, estoy bien porque para nosotros tampoco hay infierno. Entonces se entristece al concluir que no tendré cielo. No interesa, le digo y se enoja, en los sueños sí podemos tener sentimientos propios, entonces le hago pucheros y me mima. Entonces le hago pucheros y me mima. Ese fue el último sueño, antes que ella supiera la verdad. Que enterró a otro y que yo aún no encuentro puerto.

XI. QUIEREN QUITARLE A DIOS

Sobre la mesa de tablón grueso, el frutero de madera está semivacío. Tres limones casi secos, medio plátano y unas ramas de cilantro, dejan claro que ha llegado la época de “las vacas flacas”.

DOLORES: Hoy me crucé con Celina, la de la parroquia y no me saludó.

PEDRO: Ella siempre ha sido ácida.

DOLORES: No es cierto, antes bromeaba conmigo.

PEDRO: Antes de qué.

DOLORES: ¿Va a comer?

PEDRO: Usted deje de estar pensando si la miran o no la miran en la calle.

DOLORES: Deberíamos irnos de aquí.

PEDRO: El que nada debe, nada teme.

DOLORES: Sí, pero igual me ven y siguen derecho.

PEDRO: No necesitamos que nadie nos haga sonrisitas. Es mejor así. Cada uno en su casa.

DOLORES: Me siento comoapestada, algunos se cruzan de acera al verme venir.

PEDRO: Pues no salga. ¿Qué estaba buscando en la calle?

DOLORES: Nada.

PEDRO: Una mujer decente no necesita nada diferente a su marido.

DOLORES: ¡Y a su hijo!

PEDRO: No vaya a empezar a llorar, se lo suplico.

DOLORES: No se preocupe que ya sé tragarme las lágrimas.

PEDRO: Es por su bien que no la dejo.

DOLORES: ¿Va a comer?

PEDRO: No tengo hambre.

DOLORES: No se ponga así.

PEDRO: ¡Así cómo! ¡Así cómo! ¡Ya estoy cansado de todo esto!

DOLORES: Antes casi nunca gritaba.

PEDRO: ¡Antes de qué! ¡Maldita sea! ¡Antes de qué!

Silencio. DOLORES va a al cuarto, regresa y le extiende un papel, él no lo recibe.

DOLORES: Llegó esta comunicación; confirma lo que nos dijeron en la alcaldía. Si autorizan, de pronto el otro martes podemos retirar el cuerpo de Salvador.

PEDRO: ¿Y si no autorizan?

Silencio.

PEDRO: El padre Gaitán tiene miedo de officiar la misa. Hablé con él esta mañana.

DOLORES: Los pastores de Dios no pueden tener miedo.

PEDRO: Es humano, hay que entenderlo.

DOLORES: Falta a su deber, eso es todo lo que sé.

PEDRO: ¿Por qué siempre juzga a los demás, Dolores?

DOLORES: ¿Siempre fue cobarde, Pedro, o es ahora de viejo?

PEDRO: Me está faltando al respeto.

DOLORES: Y a usted le están faltando pantalones. Por eso su hijo está muerto y desprestigiado. Es su deber hacer respetar su memoria. ¡Pero no! Es más fácil agachar la cabeza, ¿cierto? ¡Pues no! El padre Gaitán lo bautizó, le dio primera comunión, ahora no puede negarse a despedirlo.

PEDRO: Entienda. No puedo obligar al padre a ponerse en riesgo. Ni pedirle que entierre a Salvador dos veces.

DOLORES: Dos veces no. Esta vez sí es el cuerpo de su hijo. Exíjale al padre que le dé a Salvador lo que le daría a cualquier cristiano.

PEDRO: El padre dice que lo han venido amenazando y que ya no confía en ninguno de los feligreses.

DOLORES: Ya que le dieron una mala muerte, mi hijo merece entrar al cielo de la mano del Señor. Un entierro sin cura, es como quitarle a nuestro hijo a Dios.

PEDRO: Parece que ahora por cualquier nombre están dando recompensa y enlodar al padre debe ser buen negocio; el comandante lo detesta y no falta el que esté dispuesto a todo. El padrecito tiene derecho a seguir vivo, Dolores. Silencio.

DOLORES: Cuando nos lo entreguen, vamos a llevarlo al cementerio y a cantarle bien bonito. ¿Cierto mijo?

XII. LA AUTORIZACIÓN

El despacho es un lugar de grandes ventanales, sobre los que hay cortinas crema de lino. El piso de cemento rojo luce impecable. Al fondo, el retrato de un hombre notable. Sentado en un cómodo sillón, tras su escritorio de madera, PONCIDORO atiende a PEDRO, que permanece de pie, frente al alcalde.

PONCIDORO: No está en mis manos, Pedro, créame.

PEDRO: Cómo no, si usted es la autoridad.

PONCIDORO: No sea ingenuo, hombre. Hace mucho tiempo que no soy nadie.

PEDRO: Porque no quiere, tiene miedo como todos los demás.

PONCIDORO: No voy a discutir esas cosas con usted.

PEDRO: El padre lo dijo el domingo. Si los que debemos no hacemos nada, ¿entonces quién?

PONCIDORO: Y mire lo que le hicieron.

PEDRO: ¿Qué pasó?

PONCIDORO: ¿No se ha enterado?

PEDRO: No.

PONCIDORO: Pobre curita. Lo bautizaron “Te llamarás San Guaza”, le dijeron y lo dejaron hecho sanguaza.

PONCIDORO abre el cajón de su escritorio, en busca de algo. PEDRO permanece alelado y en silencio. Una mosca verde azul entra volando y zumbando, se posa

sobre la calva de PONCIDORO, éste no se percata. PEDRO siente la mirada inquisidora del hombre notable del cuadro, levanta la cara y lo mira a los ojos.

PONCIDORO:(Descubriéndolo.) ¿Está llorando?

PEDRO: Es que ya no sé dónde pedir ayuda.

PONCIDORO: No será aquí. Esto es la alcaldía, no la iglesia. Yo no soy quién para darle órdenes al cura. Él ya está bastante crecido. ¿O estaba? ¿Qué tal que se nos muera?

PEDRO: Usted puede hablar con don Casto. Dígale que mi mujer está desconsolada. Dice que Salvador tiene derecho a la misa y a estar en el cementerio.

PONCIDORO: Perdóneme, pero en el caso de su hijo yo no hablaría de derechos. No es lo mismo un hombre de bien, que un delincuente.

PEDRO: ¡Cuál delincuente, viejo hijueputa! ¡Cuál delincuente!

PONCIDORO: ¡Suélteme, cabrón de mierda! ¡Agente...!

PEDRO: Perdóneme, señor alcalde, no sé qué me pasa.

PONCIDORO: ¡Ya! Ya pasó. No se preocupe. Yo también soy padre.

PEDRO: Discúlpeme por favor. No quise hacer eso.

PONCIDORO: Vaya a su casa, consuele a su mujer y pídanle a Dios resignación. Silencio, la mosca zumba cada vez más fuerte.

PONCIDORO: ¿Otra vez llorando?

PEDRO: No puedo volver sin el permiso.

PONCIDORO: ¿Qué idioma hablo, señor Cangrejo?

PEDRO: Por favor.

PONCIDORO: Yo fuera usted, cogería mis chiritos y me iría bien lejos.

PEDRO: El que nada debe, nada teme.

PONCIDORO: ¿De veras?

PEDRO: Sí, señor.

PONCIDORO: Entonces vaya, entierre su muerto, hágale ceremonia. Rete al diablo señor Cangrejo, y ya veremos qué pasa. Me gustan los acertijos. Inténtelo.

PEDRO sale sin mirar atrás, el alcalde aplasta la mosca con su pañuelo, el zumbido calla súbitamente, el alcalde sacude la tela; sobre el piso rojo impecable, la mosca agoniza bajo un rayo de sol, que se cuelga entre la unión de las cortinas crema.

XIII. ÉL TIENE DERECHO

Un gran salón en la hacienda de DON CASTO.

DOLORES: Mi marido no sabe que estoy aquí.

DON CASTO: Esto parece una cita romántica.

DOLORES: No me lo perdonaría.

DON CASTO: Al grano, señora.

DOLORES: Vine a aclararle que mi hijo no tenía nada que ver con nadie.

DON CASTO: Esa historieta la oigo a diario.

DON CASTO se aplica fijador en el pelo, frente a un hermoso y antiguo espejo.

DOLORES: Él era casi un niño, un simple peón.

DON CASTO: ¿Para eso pidió verme?

DOLORES: Es que no me han entregado su cuerpo, dicen que de pronto el martes.

DON CASTO:(Mirándola a través del espejo.) Mi hacienda no es la morgue, señora.

DOLORES: Temo que no me lo dejen enterrar en el cementerio.

DON CASTO: ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

DOLORES: Nada, por supuesto.

DON CASTO: ¿Qué quiere?

DOLORES: Pensé que como sus hombres son los que...

DON CASTO: Mis hombres nada, señora. ¿Cuáles hombres? Yo tengo reses, no hombres.

DOLORES: Dicen que ellos le prohibieron a los vecinos hablarnos.

DON CASTO:(Se suena sin discreción.) Las normas son las normas.

DOLORES: Lo que sucede es que Salvador es inocente.

DON CASTO: Le voy a rogar, señora, que concrete su pedido.

DOLORES: Él no usaba armas, al contrario era un poco tímido.

DON CASTO: ¡Por favor! Es mi día de descanso y tengo a mi mujer y a mis hijas esperándome.

Se dispone a salir, indicándole a DOLORES que haga lo propio.

DOLORES: Si usted da la orden, el portero del cementerio me va a dejar pasar y el padre...

DON CASTO: No puedo.

DOLORES: No pido tanto.

DON CASTO: Los criminales no pueden descansar en paz junto a la gente de bien, como si no hubiera pasado nada.

DOLORES: ¿Y qué pasó?

CASTO la mira fijamente sin responder.

DOLORES: ¿Qué pasó?

DON CASTO: Pasó señora, créame, sí pasó.

DOLORES: Pasó que ustedes mataron a mi muchacho.

DON CASTO: Ustedes, ¿quiénes?

DOLORES: No se burle de mí. Los criminales son otros, no mi hijo, son ustedes que se tapan unos a otros la inmundicia, como tapa la caca el gato.

CASTO se aparta, se detiene bajo el umbral de la antigua puerta del salón.

DON CASTO: No hay nada peor que una mujer altanera. Mi mujer era así, como de su temple. Un día le senté un bofetón que la dejé atontada.

DOLORES: ¡Se lo suplico!

DON CASTO: Le estallé las piernas a patadas.

DOLORES: Usted es un cobarde.

DON CASTO: La obligué a pedirme perdón de rodillas, desnuda frente a todos los peones y hasta allí le llegó el orgullo.

DOLORES: ¿Por qué me dice todo eso?

DON CASTO: Desde ese día, dócil como una perrita, complaciente como una puta y silenciosa como una tonta.

DOLORES intenta salir, CASTO le impide pasar.

DOLORES: Creía que eran habladorías, pero no, usted es un hombre malvado.

DON CASTO: No me suba la voz, no me obligue a educarla; porque a mi mujer la quería, pero a usted ni la conozco.

DOLORES: Dios le va a dar su merecido.

DON CASTO: Yo puedo darle a usted lo que se merece, todavía aguanta.

DOLORES: ¡Hágalo! Ya nada me importa.

DON CASTO: Créame, hoy no tengo ánimo, no me gustaría verla reventada y lamentándose, porque si algo detesto de una mujer, son los lloriqueos. Ahora lárguese, señora, tenga la bondad.

DOLORES: Conmigo no van a poder, don Casto.

DON CASTO: ¡Fuera!

DOLORES: Le voy a dar a mi hijo cristiana sepultura, aunque tenga que llevarlo a otro pueblo.

DON CASTO: Me estoy enojando.

DOLORES: Usted no manda en todas partes.

DON CASTO: Haga lo que quiera y lo que crea que debe hacer.

DOLORES: ¡Dios castiga!

DON CASTO: ¡Mis manos están limpias, nada tengo que ver con los enredos de su hijo.

DOLORES: ¡Tarde o temprano, Dios castiga!

DON CASTO: El delito no es mi asunto; yo de lo que sé es de vacas, pastos y caballos.

XIV. ME DECLARO EN SILENCIO

Miles de pájaros cantan en medio de un atardecer naranja. SALVADOR viaja dentro de un burdo ataúd de madera rústica, cargado por su padre y su madre. Tras ellos vienen UNO y OTRO.

UNO: ¿Entonces no lo conoce?

PEDRO: ¿A quién?

UNO: Al muñeco.

PEDRO: ¿Cuál muñeco?

OTRO: Al difunto.

PEDRO: No señor, no lo conozco.

OTRO: ¿Está seguro?

PEDRO: No señor, no lo conozco. No sé quién es el del cajón.

UNO: ¿Sí?

PEDRO: Encontré a la señora en el Alto del Indio y la acompañé.

UNO y OTRO se detienen casi al instante, PEDRO se detiene intimidado.

PEDRO: Por compasión. La pobre no ha dicho una sola palabra en el camino.

OTRO: ¿Es su mujer?

PEDRO: Ya le dije, no sé quién es, ni a quién arrastra en esta pesada caja.

SALVADOR dentro del ataúd, se mueve de un lado a otro, la caja le queda grande.

SALVADOR: Mi padre me niega tres veces. Mi madre entiende que debe quedarse callada y así avanzan en silencio, seguidos por Uno y por Otro, que andan de caza. Los reconozco. Uno de ellos suda y no mira de frente, lo conocí en vida, de hecho, sus ojos fue lo último que vi. Me cogió la hora del toque de queda, lo encontré en el camino y me dijo que pasara la noche en su rancho, que bajáramos, que por allá no había patrullas. Bajamos del alto y al llegar había allí otras personas, unos muchachos y... ¡Qué estoy haciendo! Siempre termino diciendo lo que escribieron para mí. Había jurado no decir una palabra sobre mi desaparición. Silencio, me declaro en silencio frente a esta encrucijada, a esta condición de personaje trágico que no puede huir de su destino. Claro que tampoco quisiera haber sido un personaje de comedia, ¿saben? Puesto allí, frente a ustedes como hazmerreír. Todas mis debilidades frente a sus ojos, toda mi humanidad expuesta. No, tampoco eso hubiera querido para mí. Mí, ¿quién es mí? Lo único que sé, es que del lugar de donde vengo, los gallinazos son negras mariposas agoreras, con plumas de canario en las alas.

Miles de pájaros cantan, el río corre golpeando las inmensas piedras a su paso.

XV. TRASEGAR

DOLORES: ¿Los ve?

PEDRO: Se marcharon, ya deben estar llegando al Olvido.

DOLORES: Seguro querían asustarnos y garantizar que saliéramos del pueblo.

PEDRO: Espero no volver jamás.

La mujer se dispone a seguir su camino, intenta levantar sola el cajón, su marido le ayuda, avanzan por la pendiente con dificultad.

DOLORES: Yo sí voy a regresar, eso es lo que el alcalde y don Casto no saben. Despido a Salvador, siembro un rosal en su tumba y ¡ya verán! ¡Nadie sabe de lo que es capaz una madre por defender a su hijo!

PEDRO: Ya no vale la pena. Salvador está muerto.

DOLORES: No me recuerde que está muerto, lo tengo claro en cada poro.

PEDRO: Baje la voz.

DOLORES: Cuando vuelva, voy a hacerme matar, se lo prometo. Pero no en vano. Conmigo se van unos cuantos.

PEDRO: Cálmese hija, oiga sus palabras, está como enloquecida. No irrespete al muchacho.

DOLORES: Los cadáveres no oyen.

PEDRO: No se trata de eso.

DOLORES: Se trata de venganza.

PEDRO: ¿Qué le pasa? La desconozco.

DOLORES: No me haga reír. ¿Todavía cree en la justicia?

PEDRO: Espere un momento.

DOLORES: ¿Necesita descansar?

PEDRO: Pesa demasiado.

DOLORES: Sigo, alcánceme después.

Avanza, su marido la sigue resignado.

PEDRO: Usted no puede sola, no se ponga en peligro.

DOLORES: Eso quiero, estar en peligro, quiero tirarme al abismo y encontrar en su profundidad el último suspiro de mi muchacho.

PEDRO: Nos tenemos uno al otro.

Silencio. La mujer se detiene y se sienta a la vera del camino.

DOLORES: El cajón del joven que enterramos era bien bonito. Pobre mi Salvador con esta caja tan burda, debe estar incómodo.

PEDRO: En ninguna parte lo van a recibir. Don Casto...

DOLORES: No lo nombre.

PEDRO: Deberíamos cavar y dejarlo por aquí.

DOLORES: ¿Sin lápida? ¿Como un animal?

PEDRO: Le ponemos una cruz y cuando las cosas mejoren...

DOLORES: ¿Sin que un sacerdote se lo entregue a Dios, como él merece?

PEDRO: Nuestros rezos también valen.

Silencio.

DOLORES:(Al cajón.)

Si supiera que le arranco a la mañana su frescura

para regalarme como usted lo hacía

Que fertilizo mis plantas con su ausencia

para verlo renacer y acariciar su esencia

En la caja, SALVADOR, intenta comprender qué pasa; oye complacido la voz de su madre.

DOLORES:

Que en las noches de frío me cubro de recuerdos

para ir hacia usted por los caminos de los sueños

Si supiera que he construido mil senderos transparentes

que me conducen liviana y sin dolor
hacia su muerte
nuestra muerte

La mujer echa a rodar el cajón por la pendiente polvorienta, al fondo el río furioso ruge arrastrando troncos, piedras, fardos.

PEDRO: ¿Qué hace?

DOLORES: Renuncio. Se lo entrego al río. Desde hoy mi hijo se llamará Moisés, será rescatado de las aguas por otra madre huérfana que quiera llorar al despojo de sus entrañas. Ella le dará sepultura, como hice yo con el joven desconocido que usted me regaló. Ojalá su madre supiera que lo enterré como es debido, que le puse flores y lloré en su tumba, hasta que apareció de nuevo mi hijo, mi Salvador. ¡Maldito sea este tiempo donde “no hay lugar para los muertos”!

FIN

Carolina Vivas Ferreira. Correo electrónico: carolinavivasferreirat@gmail.com

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2013

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar